

ALBUM SALÓN



Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

Era el de Torrecusa, con un destacamento de un tercio que allí se había dirigido. Habían asesinado al pobre escudero, de una puñalada por la espalda, y esperaban apostados la llegada de los dos amantes. Advertido por una doncella de las salidas de noche de María, la había hecho seguir cada noche a distancia, y así había podido preparar el golpe.

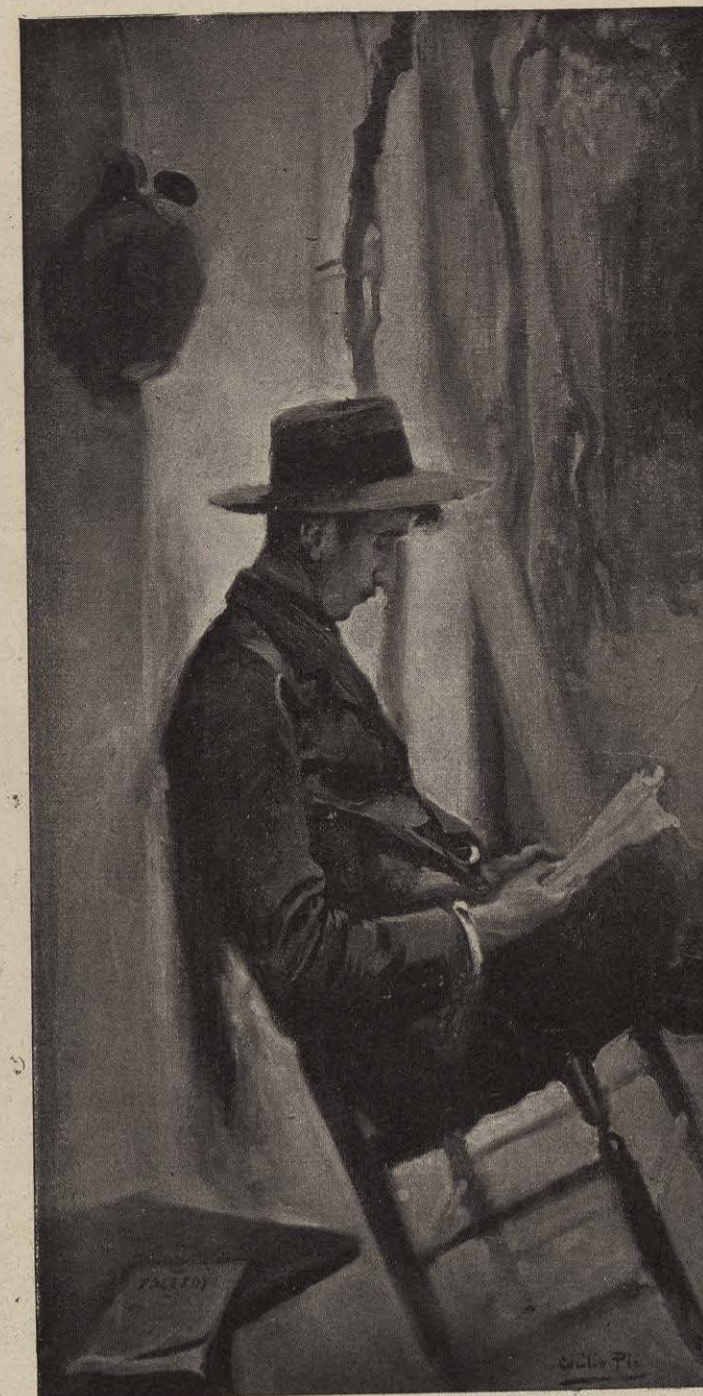
En seguida de haber atado á Marguerit, el destacamento le condujo al viejo castillo que dominaba el torrente. Allí fué llevado á la torre más elevada, que estaba como suspendida de una altura inmensa sobre el precipicio, como si estuviera engastada en la roca viva, y metido en la estancia superior, enteramente vacía, con sólo un gran ventanal sobre el torrente, protegido por unos barrotes de hierro enmohecido. La puerta se abrió, entraron con un empujón al prisionero, después de haberle quitado todos sus papeles, sus armas y su banda y haberle desatado, y volvióse á cerrar girando pesadamente sobre sus goznes. El infeliz oyó correr los cerrojos, girar las llaves y quedóse solo en el calabozo, iluminado por la luna que penetraba por lo alto del ventanal. Miró á través de los hierros y sólo vió el cielo. Esto y el haberle hecho subir muchos escalones le dió á entender que estaba á una gran distancia del suelo. Sólo oía el rumor del viento, moviendo el ramaje de los árboles del llano. Estaba atónito, no sabía si soñaba... ¿Qué había sido de María? se preguntaba... Cuando, de repente, oyó abrirse el ventanillo enrejado que había en la puerta y por el se presentó el visaje repugnante del de Torrecusa. Juan se mecía los cabellos y no sabía si aquello era una visión de su fantasía.

—«Estás en mi poder,—le dijo,—y voy á castigarte cruelmente; aquí, encerrado, morirás de hambre y de sed sin que nadie pueda venir á tu socorro. Pero esto es poco. No sólo quiero castigar tu cuerpo sino tu alma, pues tú has poseído en cuerpo y alma una mujer que es mía de derecho y que se me ha resistido siempre. No te diré lo que es de ella para que así sea mayor tu sufrimiento; pero, además, pasarás por traidor á Cataluña, por desertor á tus banderas, y morirás aquí ignorado, siendo infamada tu memoria para siempre. Yo haré mandar tu banda de coronel al Conde de Harcourt, yo haré decirle que por amor á una mujer te has pasado al campo enemigo, y que has revelado sus planes y secretos de guerra. Y desde esta altura oirás tus legiones marchar al combate, pasar tus mosqueteros al son de clarines, y tú tendrás que morirte aquí de rabia sin poder ni siquiera vindicarte.»

Cerróse el ventanillo. Marguerit volvióse como loco. Imprecó al de Torrecusa, maldijole, juró, dió patadas en la puerta; pero todo en balde. Nada, sólo le respondía el eco. Empezó á dar vueltas por la estancia. Parecía una fiera en su jaula. En esto amaneció; el horizonte iluminóse con la aurora. Entonces pudo examinar su prisión. Sacando algo la cabeza por entre los barrotes, vió



¿ANGEL Ó DEMONIO? — Cuadro de CECILIO PLA. Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).



EL SEMINARISTA. — Cuadro de CECILIO PLA. Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).

que estaba á una inmensa altura sobre el abismo. Debía de morir allí de hambre, y María... ¿qué habría sido de María?... tal vez asesinada, tal vez vuelta al convento y encerrada en un *in pace*... Y él allí, sin poder correr á su socorro, debiendo de morir; y el Conde de Harcourt le esperaba, y al ver volver los suyos sin su jefe, creería la calumnia de su traición... ¡Esto era peor que la muerte! Así se pasaron unas horas, cuando á Marguerit le pareció oír allá á lo lejos el sonido de clarines. Aplicó la cabeza á la reja y, al cabo de algún tiempo, oyó distintamente la marcha de los mosqueteros montados. No había duda, eran los suyos, los suyos que le andaban buscando, ó que se volvían al campo. Los clarines iban aproximándose, su corazón latía, ya se oía el relinchar de los caballos, y por su trote conoció que eran los suyos los que se aproximaban... Ya estaban en el torrente... é iban á pasar é ignorarían que el estaba allí encerrado... ¿Y si les llamaba?... ¡de dentro la prisión, imposible no le oirían, y tenía la voz apagada por tanto sufrimiento...

De pronto, haciendo un supremo estuerzo, al oír aproximarse los caballos, agarróse á uno de los barrotes longitudinales del ventanal, al más carcomido por el moho, y apoyando el pie en su parte baja hizo un supremo esfuerzo. El barrote se torció dejando un espacio libre, por el cual podía pasar libremente la cabeza. Hizo lo mismo con el barrote del otro lado, y el espacio libre se agrandó un poco. Entonces, poniéndose de través, fué pasando primero la cabeza, luego un brazo, el pecho, otro brazo, y así poco á poco, hallóse fuera del ventanal de pie en un ajimez, suspendido sobre el abismo. Nada alrededor, más que la desnuda piedra del muro. Desde allí, vió abajo sus mosqueteros avanzar, tocando clarines. Entonces irguiéndose, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mosqueteros! ¡Alto!
El escuadrón, como reconociendo la voz de su jefe, paróse en seco. Miróles, y á él le pareció que todos atónitos le miraban. Entonces, sintiéndose como atraído hacia ellos por el abismo, les gritó:

—¡Soldados de Cataluña! ¡Mosqueteros de San Jorge! Paso á vuestro coronel. Y se echó al torrente, cayendo entre los clarines y los batidores. El capitán de la escolta corrió á abrazar su cuerpo, aún palpitante.

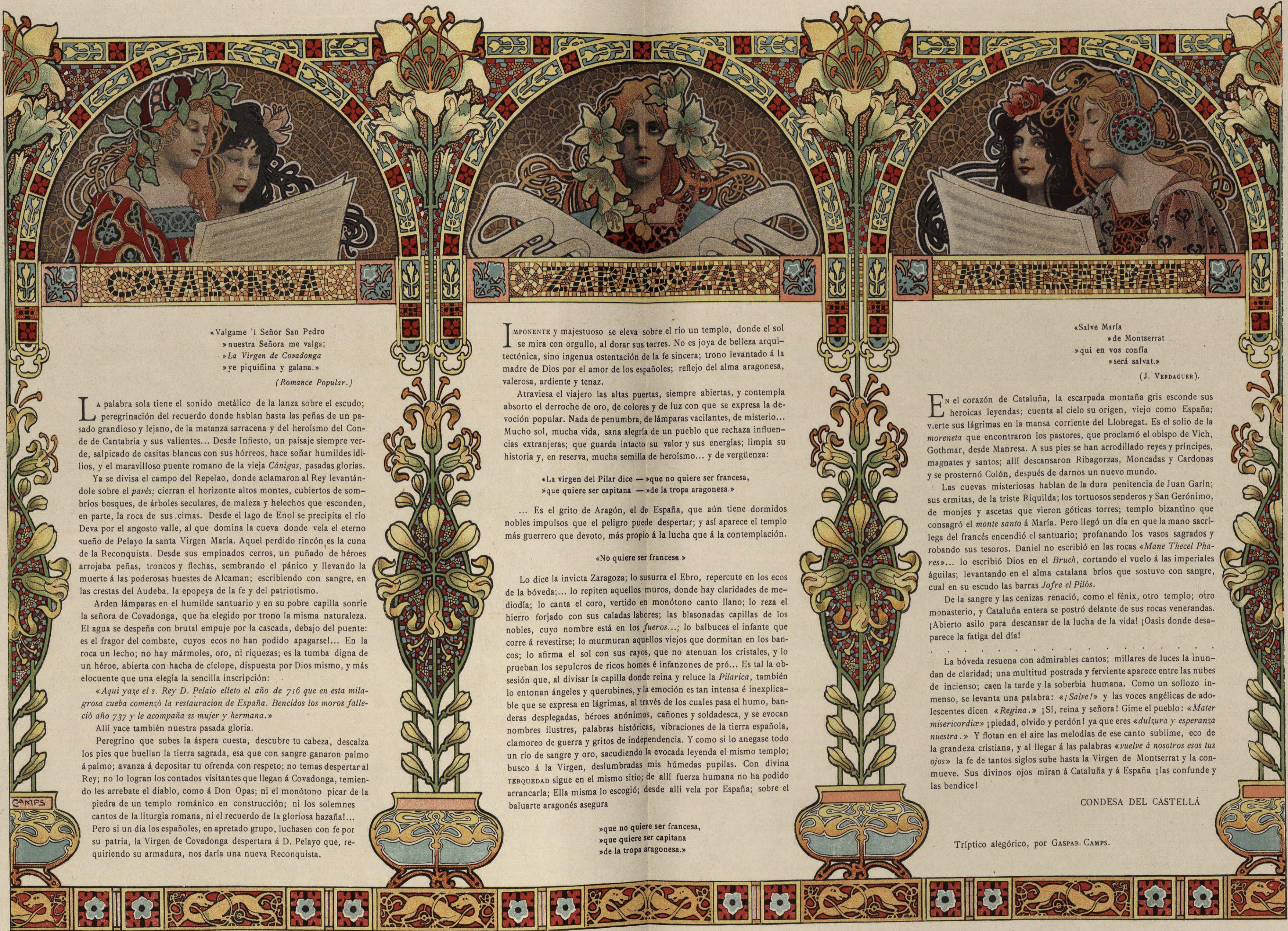
POMPEYO GENER

PLEGARIA

No te pido, Dios mío, amor y gloria,
que para mí el amor ha terminado,
pues la breve ventura que me ha dado
se encierra en una piedra murtuoria.
No te pido el laurel de la victoria
á costa de desvelos conquistado;
ni te pido el renombre ambicionado,
ni te pido fortuna transitoria.

Ni el amor, ni el laurel, ni la riqueza,
pueden darme la paz apetecida;
por lo cual abismado con mi tristeza
al recordar á la mujer querida,
te pido solamente fortaleza
para llevar la carga de la vida.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE



«Valgame 'l Señor San Pedro
 »nuestra Señora me valga;
 »La Virgen de Covadonga
 »ye piquiñina y galana.»
 (Romance Popular.)

La palabra sola tiene el sonido metálico de la lanza sobre el escudo; peregrinación del recuerdo donde hablan hasta las peñas de un pasado grandioso y lejano, de la matanza sarracena y del heroísmo del Conde de Cantabria y sus valientes... Desde Infiesto, un paisaje siempre verde, salpicado de casitas blancas con sus hórreos, hace soñar humildes idilios, y el maravilloso puente romano de la vieja Cánigas, pasadas glorias.

Ya se divisa el campo del Repelao, donde aclamaron al Rey levantándole sobre el *pavés*; cierran el horizonte altos montes, cubiertos de sombríos bosques, de árboles seculares, de maleza y helechos que esconden, en parte, la roca de sus cimas. Desde el lago de Enol se precipita el río Deva por el angosto valle, al que domina la cueva donde vela el eterno sueño de Pelayo la santa Virgen María. Aquel perdido rincón es la cuna de la Reconquista. Desde sus empinados cerros, un puñado de héroes arrojaba peñas, troncos y flechas, sembrando el pánico y llevando la muerte á las poderosas huestes de Alcamán; escribiendo con sangre, en las crestas del Audeba, la epopeya de la fe y del patriotismo.

Arden lámparas en el humilde santuario y en su pobre capilla sonríe la señora de Covadonga, que ha elegido por trono la misma naturaleza. El agua se despeña con brutal empuje por la cascada, debajo del puente: es el fragor del combate, cuyos ecos no han podido apagarse!... En la roca un lecho; no hay mármoles, oro, ni riquezas; es la tumba digna de un héroe, abierta con hacha de ciclope, dispuesta por Dios mismo, y más elocuente que una elegía la sencilla inscripción:

«Aquí yace el s. Rey D. Pelayo el año de 716 que en esta milagrosa cueba comenzó la restauración de España. Bendidos los moros falleció año 737 y le acompaña su mujer y hermana.»

Allí yace también nuestra pasada gloria. Peregrino que subes la áspera cuesta, descubre tu cabeza, descalza los pies que huellan la tierra sagrada, esa que con sangre ganaron palmo á palmo; avanza á depositar tu ofrenda con respeto; no temas despertar al Rey; no lo logran los contados visitantes que llegan á Covadonga, temiendo les arrebatase el diablo, como á Don Opas; ni el monótono picar de la piedra de un templo románico en construcción; ni los solemnes cantos de la liturgia romana, ni el recuerdo de la gloriosa hazaña!... Pero si un día los españoles, en apretado grupo, luchasen con fe por su patria, la Virgen de Covadonga despertara á D. Pelayo que, requiriendo su armadura, nos daría una nueva Reconquista.

IMPONENTE y majestuoso se eleva sobre el río un templo, donde el sol se mira con orgullo, al dorar sus torres. No es joya de belleza arquitectónica, sino ingenua ostentación de la fe sincera; trono levantado á la madre de Dios por el amor de los españoles; reflejo del alma aragonesa, valerosa, ardiente y tenaz.

Atraviesa el viajero las altas puertas, siempre abiertas, y contempla absorto el derroche de oro, de colores y de luz con que se expresa la devoción popular. Nada de penumbra, de lámparas vacilantes, de misterio... Mucho sol, mucha vida, sana alegría de un pueblo que rechaza influencias extranjeras; que guarda intacto su valor y sus energías; limpia su historia y, en reserva, mucha semilla de heroísmo... y de vergüenza:

«La virgen del Pilar dice — que no quiere ser francesa,
 »que quiere ser capitana — de la tropa aragonesa.»

... Es el grito de Aragón, el de España, que aún tiene dormidos nobles impulsos que el peligro puede despertar; y así aparece el templo más guerrero que devoto, más propio á la lucha que á la contemplación.

«No quiere ser francesa.»

Lo dice la invicta Zaragoza; lo susurra el Ebro, repercute en los ecos de la bóveda;... lo repiten aquellos muros, donde hay claridades de mediodía; lo canta el coro, vertido en monótono canto llano; lo reza el hierro forjado con sus caladas labores; las blasonadas capillas de los nobles, cuyo nombre está en los *fueros*...; lo balbucea el infante que corre á revestirse; lo murmuran aquellos viejos que dormitan en los bancos; lo afirma el sol con sus rayos, que no atenúan los cristales, y lo prueban los sepulcros de ricos homes é infanzones de pró... Es tal la obsesión que, al divisar la capilla donde reina y reluce la *Pilarica*, también lo entonan ángeles y querubines, y la emoción es tan intensa é inexplicable que se expresa en lágrimas, al través de los cuales pasa el humo, banderas desplegadas, héroes anónimos, cañones y soldadesca, y se evocan nombres ilustres, palabras históricas, vibraciones de la tierra española, clamoreo de guerra y gritos de independencia. Y como si lo anegase todo un río de sangre y oro, sacudiendo la evocada leyenda el mismo templo; busco á la Virgen, deslumbradas mis húmedas pupilas. Con divina TERQUEDAD sigue en el mismo sitio; de allí fuerza humana no ha podido arrancarla; Ella misma lo escogió; desde allí vela por España; sobre el baluarte aragonés asegura

»que no quiere ser francesa,
 »que quiere ser capitana
 »de la tropa aragonesa.»

«Salve María
 »de Montserrat
 »qui en vos confia
 »será salvat.»
 (J. VERDAGUER.)

En el corazón de Cataluña, la escarpada montaña gris esconde sus heroicas leyendas; cuenta al cielo su origen, viejo como España; vierte sus lágrimas en la mansa corriente del Llobregat. Es el solio de la *moreneta* que encontraron los pastores, que proclamó el obispo de Vich, Gothmar, desde Manresa. A sus pies se han arrodillado reyes y príncipes, magnates y santos; allí descansaron Ribagorzas, Moncadas y Cardonas y se prosternó Colón, después de darnos un nuevo mundo.

Las cuevas misteriosas hablan de la dura penitencia de Juan Garin; sus ermitas, de la triste Riquilda; los tortuosos senderos y San Gerónimo, de monjes y ascetas que vieron góticas torres; templo bizantino que consagró el *monte santo* á María. Pero llegó un día en que la mano sacrilega del francés encendió el santuario; profanando los vasos sagrados y robando sus tesoros. Daniel no escribió en las rocas «*Mane Thecel Phares*»... lo escribió Dios en el *Bruch*, cortando el vuelo á las imperiales águilas; levantando en el alma catalana bríos que sostuvo con sangre, cual en su escudo las barras *Jofre el Pilós*.

De la sangre y las cenizas renació, como el fénix, otro templo; otro monasterio, y Cataluña entera se postró delante de sus rocas venerandas. ¡Abierto asilo para descansar de la lucha de la vida! ¡Oasis donde desaparece la fatiga del día!

La bóveda resuena con admirables cantos; millares de luces la inundan de claridad; una multitud postrada y ferviente aparece entre las nubes de incienso; caen la tarde y la soberbia humana. Como un sollozo inmenso, se levanta una palabra: «¡Salve!» y las voces angélicas de adolescentes dicen «*Regina*.» ¡Sí, reina y señora! Gime el pueblo: «*Mater misericordie*» ¡piedad, olvido y perdón! ya que eres «*dulzura y esperanza nuestra*.» Y flotan en el aire las melodías de ese canto sublime, eco de la grandeza cristiana, y al llegar á las palabras «*vuelve á nosotros esos tus ojos*» la fe de tantos siglos sube hasta la Virgen de Montserrat y la conmueve. Sus divinos ojos miran á Cataluña y á España ¡las confunde y las bendice!

CONDESA DEL CASTELLÁ

Tríptico alegórico, por GASPARD CAMPS.